EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9443

PRECIOS DE SUSCRIP[illegible]

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 íd.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 24 DE ABRIL DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

†

EL SEÑOR

DON GREGORIO VICENT Y PORTILLO,

ABOGADO.

Falleció en Madrid á las once de la mañana de ayer.

La Redacción de EL ECO DE CARTAGENA ruega á los suscriptores de este periódico se sirvan encomendar á Dios el alma del finado.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.° 1 (Paseo de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas		12.000.000
Primas y reservas.......	»	40.697.980
Total.....	»	52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía *nacional* contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.675,53.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas *más reducidas* que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Sero y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor. Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tubería.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de cautchouc y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, remates y jarrones de barro cocido.—Paj eles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

LA SEMANA ANTERIOR.

¡Cuan poco ha pasado
en esta semana!
Apenas podemos
decir hoy palabra.
Dimitió el Alcalde,
marchóse á su casa,
y otro vino al puesto,
la cosa es bien clara.
A las pocas horas,
y al cesar la causa
por la que el Alcalde
entregó la vara,
volvió á recogerla,
y la cosa marcha
muy tranquila, como
de aceite una balsa.—
¡Qué dicha! ¡Qué gusto!
A cualquiera encanta
vivir de este modo,
con paz y con calma.
Si alguno se aburre
que al campo se vaya
y allí de seguro
de alegria baila.
¡Qué bello es el campo!
¡Qué hermosa la estancia
en él, de dos seres
que sienten la llama
del amor purísimo
dentro de sus almas!
La vida campestre,
cuando dos se aman
es el quinto cielo,
ó el sesto, ¡caramba!
¡Qué dulces las horas
para ellos se pasan
mirándose ambos
los rostros de cara,
moviendo pañuelos
por si así se espantan
mosquitos y moscas
y avejas, que clavan
el guisque, y producen
distracciones varias!
¡Vivir en el campo
tiene muchas gangas...!
por poco dinero
dan carne, y es mala,
La fruta, resulta
para muchos, cara;
se come el pan duro;
el sol achicharra;
las noches, ¡Dios mío!
aburren y cansan;
las gentes *agrestes*
si hablan ¡como hablan!
en fin, para algunos
son la mar de largas
las horas que en campos
las familias pasan—
En fin, el que quiera
gozar, que se vaya,
que se vaya al campo
de aquí hasta las Pascuas,
y si no se muere
tiene vida larga.

M.

COLABORACION INEDITA

EL RAMO DE VIOLETAS.

Desde que brotaron las primeras violetas, desde que el señor ministro aspiró el delicioso perfume de esas humildes flores, á las que era muy aficionado, una idea tenaz le preocupaba casi constantemente. Acariciándola, disfrutando por anticipado del placer que había de proporcionarle su realización, pasaba Su Excelencia las horas ó los momentos que le dejaban libres las obligaciones de su cargo, las exigencias de la política. Al acostarse, agobiado por el cansancio moral, desterraba de su imaginación todas las impresiones desagradables recibidas durante el día, para pensar exclusivamente en su *proyecto*. Antes de abandonar el lecho y de organizar mentalmente el cuotidiano plan de ataque y defensa, dedicaba también á su proyecto quince ó veinte minutos de especialísima atención. Y en el transcurso del día encontraba siempre cinco ó seis ocasiones para entregarse á la meditación del problema... Más de una vez fue en ella interrumpido por un director general, ó por un diputado, ó por un portero, los cuales, al ver á Su Excelencia sonreir y mover los labios como si estuviera hablando muy quedo con el expediente que le habían puesto á la firma ó con la carta de recomendación que, tenía entre manos, parábanse verdaderamente sorprendidos, porque la inalterable gravedad de los maceros del Congreso, cuando se hallan en el ejercicio de sus funciones, no llegaba ni con mucho á la gravedad británica á que ajustaba todos sus movimientos y todas sus frases el Excmo. Sr. D. Jacobo Ruipeña.

Aquellas sonrisas, aquellas pruebas indudables de íntima satisfacción, dieron motivo á muchas deducciones y á no pocos altercados. Significaban para unos que el Gobierno tenía asegurada su estancia en el Poder hasta principios del siglo próximo y veían otros en ellas la más segura indicación de que el Gabinete iba á caer derribado precisamente por el adusto ministro, al cual se le suponía animado de un feroz deseo de venganza contra varios de sus compañeros.

***

Unos y otros se equivocaban. El proyecto de Su Excelencia y sus momentáneas demostraciones de gozo, no tenía relación alguna con la política. Juzguen Udes. Su Excelencia deseaba, con toda la fuerza con que se puede sentir el anhelo más ardiente, pasar un día completo en el campo.

Pero entiéndase bien: en un campo donde no estuviera ninguno de los hombres que le asediaban, y le molestaban y le ponían casi siempre de endemoniado humor, en las cortes, en el ministerio, en el círculo, en el teatro, en la calle ¡y hasta en su misma alcoba! Varias veces había ido de excursión cinegética con algunos de ellos y en verdad que se aburrió y se desesperó y se dió á todos los diablos, porque tuvo á su lado constantemente media docena de charlatanes insufribles y no pudo conseguir que dejaran de hablar de política, ni que prescindieran de sus odios, rencores y apetitos personales ni que dieran al olvido, ante la espléndida hermosura de la Naturaleza, las pequeñeces, las miserias de la vida pública que llegan á ser insoportables para el que las palpa y las sufre un día y otro día y un mes seguido y un año entero.

El señor ministro, evocando los recuerdos de los últimos años de su niñez y de los primeros de su juventud, de aquellos años pasados en su pueblo natal, sentía la nostalgia del silencio y soledad campestres que le rodeaban cuando, en busca de nidos internábase en el bosque, ó cuando subía á la cúspide del cerro para devorar con envidiable apetito las sopas de leche recien ordeñada por los pastores. Y recordando tan agradabilísimas escenas experimentaba el ardiente deseo de permanecer, aunque sólo fuesen veinticuatro horas, en sitio donde nadie ni nada le pudiera traer á la memoria la vida de la corte, en sitio donde no hubiera ser humano que le molestara con su charla insulsa, ni aún con su presencia.

La verdad es que el perfume de las primeras violetas—perfume engendrador de ese deseo—había trastornado un poco la serena razón del impasible y ceñudo ministro de la corona.

* * *

Pueden Udes. creer que el estudio de los medios conducentes á la realización de su propósito le preocupaba más, muchísimo más que la actitud de Manzaneque—un diputado de la minoría que pasaba por ser el más hábil de los polemistas parlamentarios y que se empeñaba en matar al Gobierno á fuerza de habilidosas preguntas y de interpelaciones aplastantes. Estaba Su Excelencia encargado de contestar á la interpelación que muy en breve iba á explanar el temible enemigo de la política imperante y esperábase que el debate fuese un acontecimiento ruidoso.

* * *

Y he aquí que el señor ministro, prescindiendo de los deberes que le imponía su cargo, de la severidad de su carácter y de otras consideraciones incluso la de haber cumplido cincuenta años, resolvió hacer una calaverada, y sin avisar á nadie, importándole poco ó nada lo que pudieran decir sus compañeros de Gabinete, Manzaneque y toda su parentela, salió de su casa al amanecer de un hermoso día primaveral y se fué derechito á la estación del ferro-carril.

Nada, que el señor ministro estaba loco de remate. ¡Y cómo se reía él observando los efectos de su locura!...

Cuando el tren emprendió su marcha y los carruajes pasaron por encima de las placas giratorias produciendo un estrépito infernal, sintióse su Excelencia en el pleno goce de su edad juvenil y antojósele que aquel viaje era el que treinta años há había hecho á la corte, pletórico de esperanzas halagüeñas, sediento de gloria.

Como entonces, iba solo en el departamento del carruaje que le conducía, y como entonces también dirigíase de una á otra ventanilla, desasosegado, nervioso, abarcando con rápidas ojeadas el paisage, aspirando con ansia el aire saturado de perfumes primaverales, respondiendo con cariñoso ademán á los saludos de los campesinos que momentáneamente interrumpían sus tareas para presenciar el paso del convoy.

Llegó este á una estación; luego á otras varias.

Durante cada parada, Su Excelencia observaba atentamente el terreno y hacía un gesto, que, sin duda quería decir: ¡Más allá, más allá!

Por fin, al detenerse el tren por quinta ó sexta vez, lanzó un grito de satisfacción.

Vió un hermosísimo panorama, un delicioso parajo el más apropósito para pasar el resto del día.

Abandonó el coche saltando al anden con agilidad propia de los veinte años.

Continuaba sintiéndose joven, muy joven y buena prueba de ello era el irresistible deseo que experimentó de echar á correr por aquellos campos cubiertos de reluciente capa de verdura.

Después al oir cantar á los pajarillos, le entraron ganas de tomar parte, con su voz de bajo profundo, en aquel armonioso coro de trinos y gorjeos... Y el señor ministro corrió y cantó canciones aprendidas en la niñez, y, no contento con esto se quitó las botas y la levita y gateó como un grumete hasta la copa de un pino en cuyo ramaje acababa de posarse una bandada de gurriatos.

¡Pero qué bien se estaba allí, en aquella eminencia alfombrada de yerba humedecida por el rocío de la madrugada!

El señor ministro se tendió cuan largo era y abrió la boca y levantó los cartílagos de la nariz para darse un hartazgo de aire puro..